

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 25



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

El maestro Baca Flor

Amalia Castelli González
Pontificia Universidad Católica del Perú

Siendo don Carlos Baca Flor secretario del general Belzú —el representante de las clases populares y democráticas de Bolivia—, al llegar Linares al poder, es derrotado y asesinado en 1864; don Carlos se ve obligado a huir de Bolivia y refugiarse en Islay, donde nacerá su hijo Carlos.

Para entonces, los viajeros que arribaban a las costas peruanas describían las costas de los departamentos del sur como áridas, característica que los asombraba de manera particular, pues carecían de vegetación y exigían el traslado de agua de otras regiones. Los puertos del sur fueron entonces básicos para el desarrollo del comercio, sirviendo como puertas de ingreso y salida de las mercaderías a la par que favorecían el desarrollo local.

El comercio de lana a Europa se realizaba a través de Islay, que había desplazado en este aspecto a Arica; pero lamentablemente su importancia en lo económico fue efímera, decayendo inicialmente como puerto ante la aparición del ferrocarril de Mollendo a Arequipa, sucumbiendo a la aparición de la fiebre amarilla poco después.

Carlos Baca Flor Falcón, huérfano de padre a los 13 años y perteneciente a una familia instalada en Chile, tuvo entonces que afrontar dificultades económicas viéndose obligado a abandonar sus estudios en el Colegio de los Agustinos para ingresar al Instituto Nacional donde aprendería bajo la dirección del maestro don Zenón Mesa. Así, presionado por las necesidades económicas, se inició en el retrato. Sus dotes artísticas estaban definidas de manera tal que abandona el estudio del violín por dedicarse a la plástica, obteniendo en 1883 un primer premio con un modelado escultórico y luego sucesivos premios por sus dibujos y pinturas.

La figura humana era su preferida; a través de ella el artista traslucía muchos de los elementos aprendidos de sus maestros, entre los que figuraron Giovanni Mochi, Cosme San Martín y Nicanor Plaza; pero destacaban sus cualidades por el carácter original y personal que identificaron a su obra.

Obtuvo el Premio Roma, consistente en una beca por cinco años para perfeccionarse en Italia, pero lamentablemente no pudo gozar de este privilegio pues el ganador de la beca debía tener la nacionalidad chilena. Declinó entonces ante el ofrecimiento de adquirir dicha nacionalidad, ya que en ningún momento había imaginado dejar de ser peruano, ni aun para alcanzar los objetivos más ansiados entre los artistas de la época.

El entonces presidente constitucional del Perú, general Andrés Avelino Cáceres quien había iniciado el proceso de reconstrucción del país a través del recientemente fundado Partido Constitucional que lo llevó al gobierno, al conocer la decisión del joven artista a través del enviado extraordinario del Perú en Chile, Carlos M. Elías, dispuso se le ofreciera retornar a su país con una pensión similar a la que concedía el Premio Roma.

Había transcurrido poco tiempo desde que el presidente Cáceres asumiera el gobierno. Corría el año de 1887, un año que desde el punto de vista político no resultaba fácil: el segundo gabinete había renunciado y después de José Aranibar le siguieron Pedro Alejandrino del Solar, Mariano Álvarez, Carlos M. Elías y Aurelio Denegri. Intensos debates parlamentarios se generaron cuando el Gabinete Denegri planteó llevar adelante el proyecto de contrato para el pago de la deuda externa propuesto por Miguel Grace.

Por aquella misma época se produjo el pánico en la población a causa de la inconvertibilidad del billete fiscal y se generaron una serie de polémicas que repercutirían en la opinión pública. Asimismo, el ejército se redujo y sólo tres mil efectivos lo componían. Fue necesario dictar providencias para disolver las fuerzas regulares e irregulares que se encontraban diseminadas en el país.

También eran continuas las conversaciones con la cancillería chilena sobre el decreto que dividía Tacna y Arica y sobre la condición jurídica de los peruanos nacidos en Tarapacá.

Igualmente, se estimuló la industria minera y se otorgó a partir de 1887 gran importancia a la extracción del petróleo en la Brea; así como la explotación de las minas de cinabrio en Huancavelica.

La preocupación del presidente Cáceres estaba dirigida a desarrollar una red ferroviaria y emprender la construcción que uniera Huancavelica, La Oroya y el Callao, mientras que le resultaba imposible detener una catástrofe monetaria que se había iniciado en los años posteriores a la guerra.

A pesar de estas dificultades y con las facilidades otorgadas para acuñar la moneda fraccionaria; la ciudad de Lima ya gozaba de los servicios de teléfono, telégrafo y alumbrado eléctrico y en el interior del país el renacimiento nacional facilitó el inicio de exploraciones en la región amazónica así como la fundación de las Cámaras de Comercio Francesa, Española, del Callao, de Arequipa y de Lima, lo que llevó a la supresión tanto del Tribunal de Consulado de Lima como de las diputaciones departamentales.

El ambiente intelectual y cultural era propicio; pasada la turbulencia política circularían importantes periódicos como *El Comercio*, *El Perú*, *La Época*, *La Opinión Nacional*; éstos y otros periódicos se dedicarían a implantar mejoras como la contratación del servicio cablegráfico, estableciéndose una sana competencia.

Hubo durante el gobierno del presidente Cáceres una gran preocupación por la instrucción pública y universitaria así como por la educación artesanal; renació la educación secundaria religiosa y se fundaron colegios nacionales en Lima y provincias.

Fue ésta una época en que destacarían figuras de notoria trayectoria profesional, literatos, abogados, filósofos, pensadores que conformarían una generación destacada en el ambiente intelectual. Nombres como los de José Gálvez Barrenechea, Eduardo Lavergne, Arturo Arróspide, Luciano Benjamín Cisneros y José Casimiro Ulloa serían mencionados en los círculos culturales. Igualmente se distinguía la correspondencia diplomática de José Antonio de Lavalle, la colección de artículos de Luis Carranza, la destacada pluma de Clorinda Matto de Turner, a la que se sumaban la de Juan de Arona (seudónimo de Pedro Paz Soldán y Unanue), Manuel Gonzales Prada y Arnaldo Márquez.

La novela y la prosa iniciaban una nueva era y se instaló en Lima la *Academia Peruana de la Lengua* en 1887, siendo su primer director Francisco García Calderón.

El gusto por la zarzuela se popularizó más rápidamente que por la opereta italiana, aparecieron las obras de género costumbrista, así como las obras de los románticos, para seguir con la llamada generación de "los bohemios de 1886".

Las presentaciones en público del pianista alemán Albert Friedenthal interpretando obras de Beethoven, Schumann, Schubert, Chopin, Liszt, Wagner y Tchaikowsky, crearían entre el público limeño una afición por la música culta. Imbuído en este ambiente de poesía, música y artes en general, Carlos Baca Flor desarrollaría una etapa significativa en su producción plástica.

Fue el mismo presidente Cáceres quien encargó al joven pintor el retrato de su esposa, doña Antonia Moreno de Cáceres, conocida por los breñeros como "Mamacha Antonia", compañera inseparable del caudillo y gestora de los contactos que el General requería con el propósito de orientar adecuadamente la resistencia. La dama había sido objeto de la estricta vigilancia de Patricio Lynch en la época en que el caudillo era perseguido.

El retrato que Carlos Baca Flor hiciera de doña Antonia fue considerado por la crítica de entonces como "una obra de gran realismo y espontaneidad", siendo exhibido en las vitrinas de la prestigiosa joyería Welsch, ubicada en la conocida calle Espaderos. Con la misma destreza artística y valiéndose de los conocimientos aprendidos durante sus años juveniles retrató también a Hortensia, hija del presidente Cáceres y después a sus otras hijas: Zoila Aurora y Rosita.

De la misma época son los retratos de Scipión Llona, íntimo amigo del pintor; de Angélica Palma, hija de don Ricardo Palma, quien era por esos años director de la Biblioteca Nacional y quien además le facilitaría al pintor un espacio adecuado para que pudiera contar con un estudio, elemental y necesario para un artista de tanta calidad al cual acudirían algunos importantes personajes de la sociedad limeña, como fue el caso de Guillermo Swayne, de la señora Mendoza de Swayne, de la señorita Teresa María Llona, de Francisco Rosas, de don Pedro López Aliaga, de la esposa del coronel Zapatel, de Federico Moreyra y Riglos, de Manuel Moreyra y Riglos, de la señora Jesús Beltrán de Elías, de la señora Castagnini de Álvarez Calderón, de Enrique Canaval, del pintor Gaspar R. Suárez, del niño Bromberg: todos ellos fueron retratados por el artista, tomados del natural. También hizo, pero tomados de documentos de época los retratos de Manuel Pardo (hoy en el hemicycleo del Senado del Congreso de la República) y del héroe Francisco Bolognesi.

Su vida en Lima fue de gran actividad, permaneciendo en la capital durante dos años y medio en espera de que se resolviera el asunto de la pensión ofrecida por el Gobierno peruano al haber rechazado en Chile los beneficios del Premio Roma.

Además de pintar, se dedicó a enseñar de manera particular en el estudio que don Ricardo Palma le concediera y en sus tiempos libres alternaba con sus numerosas amistades entre las que figuraban su amiga y discípula doña Luisa Gastañeta, esposa de Scipión Llona, Luis Astete, Pedro López Aliaga, José María Valle Riestra, personalidades de la Lima de fines de siglo con quienes Carlos Baca Flor fre-

cuentaba el Café Montes, famoso por ser el ambiente preferido por los estudiantes y artistas de la época.

Figurarían como discípulos de Baca Flor, Luis Ugarte y Manuel Villarán, el primero de ellos se había formado en la Academia de Dibujo Merino.

La formación plástica en el Perú republicano se remontaba a los tiempos del virrey Fernando de Abascal quien fundó durante su gobierno la Academia de dibujo y pintura, cuya dirección estuvo primero en manos del maestro Cortez, para ser conducida después por Ignacio Merino. Le sucedería la Academia Concha y luego la Escuela Municipal.

Los jóvenes artistas peruanos podían aspirar a una pensión del Estado para permanecer en Europa, con el encargo, la mayoría de las veces, de crear una obra como pago por los beneficios recibidos por su gobierno.

Ocurrió que de la pensión ofrecida a Baca Flor, le llegaría sólo el importe correspondiente a la mitad y el artista decidió iniciar su viaje a Europa a fin de cumplir con su gran aspiración, recorrer los museos y colecciones del Viejo Continente, apreciar las obras de los grandes maestros y cumplir con la meta a la que todo artista americano en su época aspiraba:

Para ir más adelante, harás de esta manera: habiendo pasado ya algún tiempo en el dibujo [...] ocúpate en adelante en copiar y calcar las mejores cosas que halles de mano de grandes maestros. Y si es un lugar donde haya obras de muchos de ellos mejor para ti. Mas yo te aconsejo esto: ten cuenta de elegir siempre lo mejor y más famoso (Cennini 1968).

Baca Flor sale de Lima con rumbo a Santiago de Chile en febrero de 1890, y a la espera del barco francés que lo condujera a Europa ejecutó el retrato de su maestro don Cosme de San Martín, el de Alfredo Valenzuela Puelma y el de Manuel Núñez. También pintó una Cabeza de Viejo que entregó al señor Carlos Hayden (posiblemente, la "Cabeza de Roto").

Su biógrafo Ferrán Canyameres, quien recibiera informaciones de primera mano de las herederas del Maestro, las señoritas Maria Louise Faivre y Olimpia Arias Núñez, cuenta que durante la larga travesía en el vapor *Ville-de-Belfort* ejecutó los retratos del capitán del barco, del cocinero y de algunos tripulantes.

De Liverpool se trasladó a París, dando inicio a su gira donde obtendría la más nutrida experiencia; visitó el Museo de Louvre, el Museo de Pintura Moderna, el Palacio de Luxemburgo, el Palacio de Versalles, el Salón Anual del Campo de Marte y el de los Campos Eliseos y otras salas que tenían gran prestigio, le atrajo la obra de Van Dyck y de Tiépolo así como la de otros grandes maestros como Rembrandt y Leonardo:

si la naturaleza te concedió algo de fantasía, llegarás a adquirir una manera propia tuya y ésta no puede ser sino buena; porque la mano (estando habituada a cultivar flores) no querrá recoger espinas (*Ibidem*).

Decidió viajar a Génova, donde asumiría su cargo oficial de Cónsul General del Perú. Durante su estancia visitó los palacios Blanco y Rosso y pudo apreciar la obra de Palma, Pontormo, del Veronés, del Guerchino, Bordone, Zurbarán y Murillo. Puesto que las tareas oficiales lo privaban del tiempo necesario para desarrollar el arte, renunció al cargo de Cónsul.

La última década del siglo XIX en Europa se caracterizó por ser un compás de espera. Van Gogh murió en 1890, Seurat un año después, Gaugin pasó casi toda esa década en Tahití; Monet, Renoir y Cezanne pintaban alejados de las grandes ciudades. Sólo Degas seguía en París y Toulouse-Lautrec continuaba en la búsqueda de la imagen femenina ideal y del movimiento.

Los años noventa fueron limitados: los *nabis* seguidores de Gaugin que se declaraban enfáticamente en favor del sonido, la palabra y el color influirían en el desarrollo de un estilo ornamental y decorativo llamado *Art Nouveau*.

El advenimiento del siglo traería cambios en las distintas expresiones artísticas y así como la reciente generación del 98 crea un estilo propio para la literatura y la poesía, también la pintura pretende alejarse del academismo para ingresar a una etapa de creaciones basadas en el nacimiento del nacionalismo, producto de la herencia colectiva.

A Carlos Baca Flor le interesaba ir a Roma, y conocer la Academia Nacional de San Lucas, dirigida por el profesor Signore Philippo Prosperi, la de los países extranjeros y la escuela de España, a cargo de don Francisco Pradilla. Estas instituciones defendían los antiguos valores y en ellas los estudiantes obtenían los ansiados títulos académicos; los profesores más distinguidos ocupaban cargos directivos y a las puertas de ellas concluía la aceptación de la tradición escolástica.

El ambiente artístico en Roma se caracterizaba por ser una declaración abierta al naturalismo “[...] la más experta guía que pueda haber para ti y el mayor cuidado es la puerta triunfal del copiar del natural” (*Ibidem*). Había un reniego de las enseñanzas y de los ejemplos de los antiguos maestros, de los métodos de trabajo, de sus estilos, y de sus reglas; era un rechazo abierto al academismo, a la enseñanza en el taller bajo la dirección del Maestro.

Postuló a la Academia, obteniendo el primer puesto entre ochenta y cuatro candidatos; estudió anatomía, estética, perspectiva, arquitectura, historia del arte, fisiología, arqueología, cursos que combinaban adecuadamente con el estudio del desnudo y la composición; así como el de la acuarela y el dibujo a pluma.

Alternaba este aprendizaje con la ejecución de obras de temas peruanos; bocetó escenas que recordaban la prisión del Inca Atahualpa, la muerte del Inca, Cusi Coyllur, Ollantay, el Templo del Sol, la batalla de Huamachuco, el Morro de Arica, las Vírgenes del Sol, etc. La pintura histórica tenía no sólo una función evocadora sino preferentemente educativa y estos temas en Europa fascinaron a los más curiosos, que apenas habían recibido algunos testimonios a través de los viajeros. La narración de un acontecimiento por medio de imágenes constituye necesariamente un acto de invención, y la recreación imaginativa es fundamental para la pintura histórica tanto como para la poesía dramática. Es precisamente este hecho, junto con la fuerza moral del acontecimiento presentado, lo que ha dado a la pintura histórica su condición de “creación”, en oposición a la representación puramente artesanal y, a los que la ejecutan, es decir a los pintores, el poder mágico, similar al que los poetas son capaces de transmitir.

La pintura histórica ha dejado de ser la mera representación de escenas de la historia o el retrato frío de indumentarias y costumbres históricas. “Storia” fue el término usado por L. B. Alberti en su tratado *Sobre la Pintura* (1435), y en el que se distinguían las escenas narrativas de los evangelios y la vida de los santos. Hacia 1435, Donatello y Masaccio volviendo al lenguaje visual de la antigüedad crearon un tipo monumental de narración que vinculaba el espacio pictórico con el mundo del espectador gracias a los recursos de la perspectiva y el de la representación de la figura humana. Éstas fueron las bases de un género artístico que en el siglo XIX alcanzó un carácter peculiar.

De su estancia en Roma durante esos años, sólo se conserva en Lima un cuadro, *Los Mártires de Corcomienses* (hoy en el Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia del Perú), y que fuera

presentado en la Exposición Anual de Santiago en 1893; esta obra era una copia de la obra de Fracassini que se conservaba en el Museo del Vaticano, y que para muchos críticos la copia superaba al original. A decir de sus biógrafos, Baca Flor mandó cinco cuadros al Perú por el compromiso adquirido con el gobierno Peruano, los que al parecer se extraviaron.

El artista peruano viaja a Nápoles y a Venecia y en uno de esos viajes se le encargó copiar un Vía Crucis de un Convento cercano, el mismo que hoy podemos apreciar en la Catedral de Lima. Luego viajará a París con una carta de presentación para Paul Laurens, hecha por Miguel Blay, escultor catalán que modelara la cabeza de Baca Flor; Laurens era considerado el maestro de las "Grandes Composiciones", era director de la Academia Julien en el barrio Saint Germain-de-Près, cargo que compartía con el pintor Constant.

La permanencia de Baca Flor en la Academia Julien fue de importante significación para el artista ya que esto le permitió en poco tiempo lograr nueve medallas de primera clase además, de la aceptación y admiración del medio cultural; su talento, generosidad y compañerismo le abrieron las puertas del éxito.

En todo momento Baca Flor exigió de su obra la perfección, estudió intensamente las lecciones de Leonardo a través del *Tratado de la Pintura* y puso en práctica la técnica del claroscuro que aprendió a través de las obras de Rembrandt.

En 1895 gracias a su amistad con el pintor Madrazo conoció al duque Zoagli, Ministro del Perú en Francia, a cuya esposa retrató. Asistió a las fiestas del jubileo de la Reina Victoria, lo que le permitió admirar las colecciones Británicas y también peruanas prehispánicas que se conservaban en los Museos, convirtiéndose éstas en materia de sus composiciones.

Durante su estancia en la ciudad de Londres retrató a Bodington; a sir Armstrong, su esposa e hijo; a Elliot, fotógrafo de Su Majestad al mismo tiempo que preparaba los bocetos de *Mujer Leyendo* y *Señora Sentada*. A su retorno a París pinta *La dama de los Cabellos Rojos* y *La Mujer de la Tanagra*.

Con Hermenegildo Anglada Camarasa desarrolló algunos temas que les impresionaron por igual, como aquellos vinculados a las noches de París, al Sena, al teatro, los conciertos; obras todas ellas de pequeño formato, muy plásticas y con toques netamente impresionistas.

Fue el retrato de la marquesa de Castarat ejecutado en 1898 el que determinó su total incursión en el círculo artístico francés, y desde Francia participó en el concurso convocado por el gobierno peruano para realizar el monumento al general don José de San Martín. La maqueta presentada por Baca Flor, en la cual ensalzaba la figura del Libertador en el momento de la declaratoria de la Independencia, gozó en Francia de la crítica favorable; y en Lima, a pesar de los elogios emitidos por la prensa –al artista por su calidad, a la obra por el espíritu que trasmitía–, el jurado calificador no consideró el proyecto pues su autor, el artista peruano Carlos Baca Flor, según los testimonios de la época, era reconocido como excelente pintor pero no estaba considerado como escultor.

Pero el éxito debía estar de su lado, y así retrató al conde Molk, al modisto Worth, al banquero Morgan, a la señora Florence Baker Loen, al cardenal Pacelli y a otros encumbrados personajes de la sociedad americana, abriéndosele el camino a lo que en el futuro le daría el reconocimiento general.

Sus obras, muchas de las cuales hoy se conservan en el Museo de Arte de la ciudad de Lima y en numerosas colecciones privadas son el más fiel testimonio de la capacidad, el talento y la excelencia reunidos en la paleta del maestro de la pintura del Perú republicano, Carlos Baca Flor Falcón.

Bibliografía

BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERÚ

1989 *Pintura peruana contemporánea*. Lima.

BANCO DE CRÉDITO DEL PERÚ

1984 *Museo Pinacoteca*. Lima.

BASADRE, Jorge

1983 *Historia de la República del Perú 1822-1933*. Séptima edición. Lima: Editorial Universitaria.

CANYAMERES, Fernán

1980 *Carlos Baca Flor*. Barcelona.

CENNINI, Cennino

1968 *Tratado de Pintura*. Tercera edición. Traducción, notas y prólogo de F. Pérez-Doez. Barcelona.

JOCHAMOWITZ, Alberto

1941 *Baca Flor. Hombre singular*. Lima.

PATRONATO DE LAS ARTES

1968 *Baca Flor*. Museo de Arte de Lima.